



712

573 - 2
PLUMA - LÁPIZ
30 €^{rs}

PLUMA Y LÁPIZ



AÑO I

SANTIAGO, VIERNES 19 DE JULIO DE 1912

NÚM. 1

ADMINISTRADOR
ARTURO D'ALENCONDIRECTOR
FERNANDO SANTIVÁNSECRETARIO DE REDACCIÓN
DANIEL DE LA VEGADIRECTOR ARTÍSTICO
CRISTÓBAL FERNÁNDEZOFICINAS:
MORANDÉ 432
CASILLA 2443

NUESTRA REVISTA

Estas hojas, que caen á la vida, aprisionadas en las páginas de "Pluma y Lápiz," no provienen árboles de otoñales, ni es el frío del invierno el que las desgajó de la rama; han sido arrancadas de un árbol de perenne verdor, en eterna primavera, para ofrecerlas á los que "han hambre y sed de belleza"...

"Pluma y Lápiz" no llega en son de combate. Es un florido mensajero, como aquellos trovadores de la época caballeresca,—que viene á entretenér el hastío de un rudo castellano y saciar las vagas nostalgias de unas frágiles prisioneras de hierros y muros,—cantando hazañas de esta vida contemporánea: el amor y el odio, el dolor y la alegría, eterna arcilla en que se modela la humana existencia.

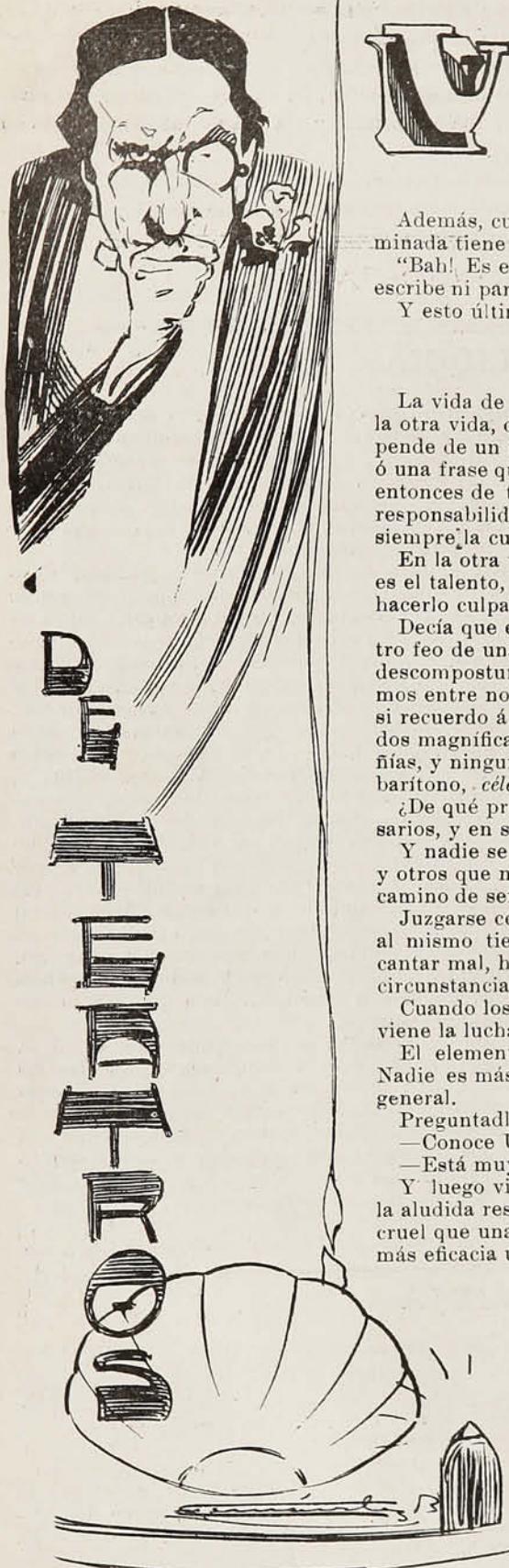


Esto en cuanto al público. Para la moderna generación de artistas chilenos, pretende ser un hogar común, un lazo de fraternidad, una tribuna de amplia franqueza, como aquellas modestas revistas

que dirigieron Cabrera Guerra y Augusto Thomson. Su mismo título, "Pluma y Lápiz" pretende ser una evocación de ese pasado de sana, de alegre camaradería intelectual.

No admitimos jefes, ni credos religiosos, ni credos políticos, ni credos artísticos. Caravana de transeuntes en el desierto de nuestra patria, cada soldado será un general y cada general un soldado. "Pluma y Lápiz" pretende ser apenas una carpa común que nos cobije del hielo de las noches, tan pobre que su techo estará abierto y desgajado, y tan rica que por esa abertura contemplaremos las estrellas y el infinito.

Y pueda que nuestros cantos, unidos en una misma admiración y separados por su marcada personalidad, formen una poderosa sinfonía orquestal, salvaje y ruda, como nuestros bosques y nuestras costas; solemne y religiosa como las montañas andinas que nos han enseñado á orar; plácidamente dulces como los paisajes idílicos de las campiñas chilenas!



NA introducción al inaugurar estas charlas? Dos palabras? Un prologuito? Casi no hay necesidad. Diré tan sólo que al escribir esta sección, no pienso ni quiero que tenga carácter de crítica sino más bien de charla. Esta tiene varias ventajas: eludir una responsabilidad directa, cierta comodidad para tratar los asuntos y más amplio marco para encuadrar.

Además, cuando una frase ó una apreciación moleste á persona determinada tiene ella la garantía de poder decir:

"Bah! Es eso una simple apreciación, sin consecuencias, ni para el que escribe ni para el que lee".

Y esto último, "sin consecuencias", es lo que me dice á charlar.



La vida de teatro, tan encantadora como ingrata, tiene la ventaja sobre la otra vida, de componer los acontecimientos á gusto propio. Todo depende de un telón más ó menos, de un trasto de utilería, de una sonrisa ó una frase que el apuntador corrija á tiempo. Los malos ratos dependen entonces de torpeza del apuntador, sobre quién hacemos pesar toda la responsabilidad. Es cosa sabida que del traspies de un cómico, tiene siempre la culpa el apuntador.

En la otra vida, fuera de bastidores, hay también su apuntador, y éste es el talento, cosa, por desgracia, poco visible para propinarle un palo y hacerlo culpable de nuestra torpeza.

Decía que en la vida de teatro todo puede componerse, excepto el rostro feo de una tiple, y siendo así, los empresarios nuestros, tienden á la descompostura. Y venga un ejemplo. ¿Cuánto tiempo hace que no tenemos entre nosotros una buena Compañía de zarzuela? Pienso, y apenas si recuerdo á Emilio Carreras, que en su Compañía, si no completa, había dos magníficas figuras; él y la Isaura. Luego hemos visto muchas Compañías, y ninguna ni semi completa. Un primer actor, una tiple, á veces un barítono, *célèbre* en los carteles, y nada más.

¿De qué proviene esto? En primer lugar de la tacafería de los empresarios, y en segundo lugar, de la exagerada celebridad de los cómicos.

Y nadie se extrañe de la frase. En nuestra vida hay hombres célebres y otros que no lo son; pero en el teatro todos son célebres ó están en camino de serlo. Y dos celebridades no caben en cualquier escenario.

Juzgarse célebre, creo yo que ha de ser una cosa muy agradable; pero al mismo tiempo, incómoda. Suelen aquellos afortunados equivocarse, cantar mal, hacer el ridículo; y luego qué difícil defender el adjetivo en circunstancias así.

Cuando los empresarios acceden á contratar buenos elementos, luego viene la lucha entre ellos, una lucha despiadada, infantil y cruel á la vez.

El elemento masculino se odia; el femenino se sonríe y se besa. Nadie es más cruel y fino en la ironía que las tiples, que los actores en general.

Preguntadles:

—Conoce Ud. á Fulana?

—Está muy bien haciendo "La Revoltosa".

Y luego viene la sátira; despiadada, entre sonrisas, entre chistes, y la aludida resulta un pingajo. Porque hay que convenir que nadie es más cruel que una tiple para satirizar, como también nadie sabe aplicar con más eficacia un calificativo galante.

Los críticos, jamás deben temer á los actores. A lo más, éstos llegan á la ingenuidad del insulto y en casos especiales al palo, que tiene el inconveniente de poder ser devuelto. La actriz, es más refinada, espera, estudia, elige la ocasión, y cuando menos lo pensáis, os véis en el ridículo más espantoso.

Me contaban en días pasados, la venganza que la tiple Lafont, ejerció sobre un crítico de la Habana. Era éste muy desaseado, hasta el punto que se murmuraba de él que no tenía tratos con el agua desde tiempo muy largo. Este individuo escribía muy bien,—lo que nos demuestra que se puede escribir muy bien y ser muy desaseado—y le dijo á la Lafont, que para ser buena tiple tenía que acortarse la nariz. La Lafont sonrió, y debe haber sonreido de-

masiado, cuando envió al crítico un trozo de jabón *bruto*, un ladrillo y una peineta, con la precaución de poner antes esto en conocimiento de varios admiradores, que se encargaron de contárselo á todo el mundo.

Llegó una noche el crítico al teatro, y todos los asistentes lo miraron, lo examinaron y resolvieron por

dicir, "Hé ahí al que la Lafont obligó al aseo", y la frase corrió de boca en boca, y la Lafont encantada y siempre sonriente...

Ni palos, ni insultos, ni bofetadas, sino tan sólo aquel paquetito con útiles de lavabo.

Y estoy seguro, que la Lafont, cuando estuvo de nuevo al frente del crítico, le diría con una de sus mejores sonrisas:

—No me haga Ud. caso; fué una locura...



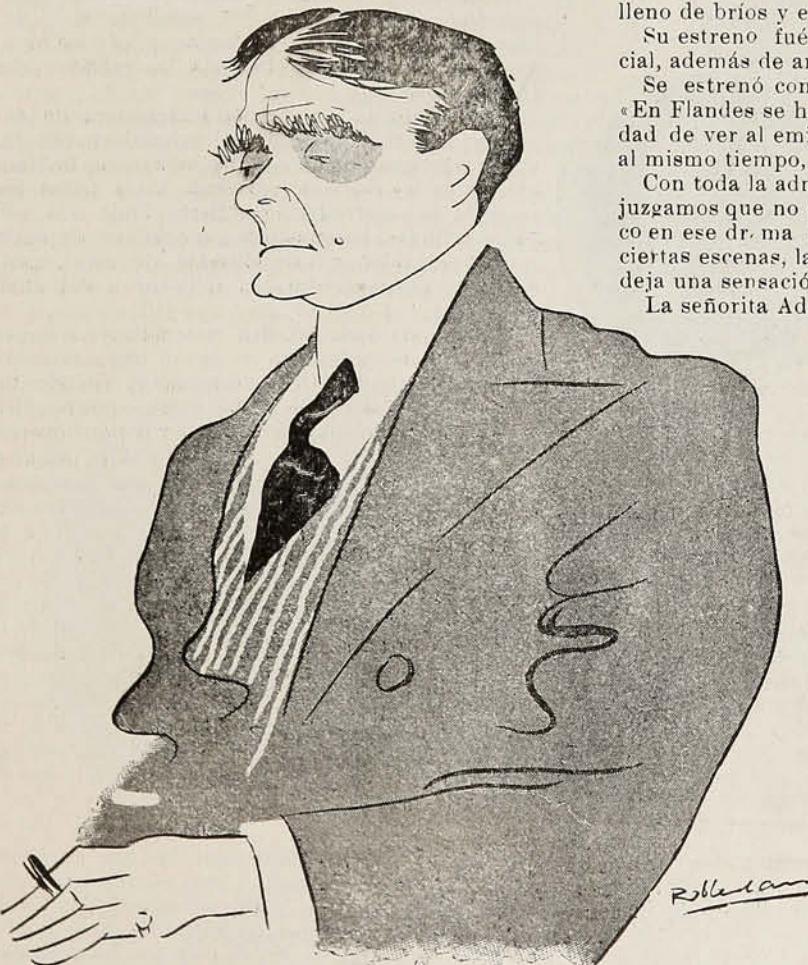
A falta de espectáculos teatrales, en estos últimos días hemos sido sorprendidos por tres noticias dolorosas. La muerte de Enrique Gil, la primera. No nos extrañó; pero nos impresionó. Aunque hacía tiempo, esperábamos que Gil abandonara el escenario de la vida, aunque al despedirnos de él, en la calle, antes de marcharse, tuvimos la convicción que estrecharíamos por última vez su mano; sin embargo la noticia de su muerte, nos emocionó.

Era Gil, además de actor de clara conciencia del arte, un cumplido caballero.

Nunca lo vi satirizar á sus compañeros, y qué raro es esto en el mundo de la escena, en donde se vive en perpetua lucha, en donde la gloria es una mujer un poco liviana á la que hay que conquistar muchas veces, en una lucha de malas pasiones.

Gil era muy querido de sus compañeros. No fué para ellos un director: fué casi un hermano.

Vayan estas líneas como un recuerdo al artista y al hombre bondadoso.



El cable nos anunció en días pasados que el primer actor de zarzuela, Emilio Carreras, había sido víctima de un ataque de parálisis, mientras estaba en escena en el «Gran Teatro», de Madrid.

Otra dolorosa noticia que lamentar, tanto más cuanto que Carreras dejó entre nosotros, recuerdos inolvidables de su brillante temporada.

Carreras me fué muy simpático. Además de admirarlo como actor cómico, me agrada su trato sencillo, su casi inconciencia de lo que valía dentro de su arte. Me parece verlo en la intimidad de su camarín, un poco triste siempre, con la tristeza que tienen los cómicos que en las tablas nos hacen reír, calándose las gafas, como un buen cura de aldea, para leer un original. Hubo veces en que se alegró. Pero fugazmente, para volver á esa tristeza de siempre. Quien al verlo así, jamás podía imaginarlo entrando en escena en «Pobre Balbuena» y diciendo con tanto regocijo las frases aquellas del conquistador ridículo: «Ay! querido sastre, cuán inconsciente y cuán fútil eres, que mal conoces al bello sexo. Las mujeres son como la cola, cuando pegan, es que empiezan á estar en su punto».

La gracia de Carreras, es solo de él, y por lo tanto tiene derecho el simpático actor, á la gloria que le otorga España en su género.

Hacemos votos por su pronta mejoría.



La gran nota teatral de la semana, ha sido el estreno de la compañía de Enrique Borrás, en el Santiago.

El eminent actor vuelve á nuestro país en la plenitud de sus facultades artísticas. Vigoroso, joven, lleno de brios y entusiasmos.

Su estreno fué un lleno completo, una fiesta social, además de artística.

Se estrenó con el hermoso drama de Marquina, «En Flandes se ha puesto el sol». Teníamos curiosidad de ver al eminent creador de «Tierra Baja» y, al mismo tiempo, temor, en el drama de Marquina.

Con toda la admiración que sentimos por Borrás, juzgamos que no está bien su temperamento artístico en ese drama lírico. Sir dejar de aplaudirlo en ciertas escenas, la interpretación total de la obra nos deja una sensación de cosa incompleta, débil.

La señorita Adamuz, primera dama de la Compañía, nos hizo una Magdalena muy parecida á la de la Guerrero. Mucho de su entonación nos recordaba á la gran actriz española.

La obra, en total, resultó, sin pasar los límites de lo bueno.

El triunfo completo, definitivo, de Borrás, fué en «El Gran Galeoto», haciendo el Julian. Cuánta novedad, cuánta intensidad, en la concepción! Vimos á Julian, con un relieve no conocido. La muerte en el último acto fué magnífica. Veíamos al Borrás de las grandes noches de «El Alcalde de Zalamea», de «Tierra Baja», de «Buena Gente».

Codina muy bien En Flandes se ha puesto el Sol; y en El Gran Galeoto, haciendo Ernesto, con bastante cualidades.

Hemos de aplaudir á la señorita Adamuz; en El Gran Galeoto tiene momentos muy tiernos.

N. YAÑEZ SILVA.